Ayer 86/2012 (2): 143-167 ISSN: 1134-2277

Los juegos florales como forma de integración social y nacional en España y Argentina (1859-1910)

Carlos Ferrera Cuesta
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: El artículo trata de los juegos florales, certámenes poéticos muy frecuentes en la España de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, que significaron una muestra de un tipo de retórica y representación social y política típicamente liberal. Asimismo, se abordará cómo fueron llevados por sectores de la emigración española a Argentina donde se convirtieron en unos actos apoyados por las elites gobernantes locales, que encontraron en ellos un medio de reforzar los valores sociales oligárquicos y de construir un discurso nacional en un país afectado por una crisis de identidad a causa del intenso proceso migratorio.

Palabras clave: liberalismo, retórica, nacionalismo, cultura política, Argentina, España.

Abstract: The article analyses floral games, poetical competitions very common in Spain during the second half of 19th century and the beginning of 20th, which were an example of a kind of rhetoric and of a social and political performance typically liberal. It will be explained how they were imported by groups of the Spanish emigration to Argentina, and how they were supported by the local ruling elite, who found in them a device to strength social and oligarchical values and to make up a national discourse, useful in a country affected by an identity crisis because of a huge migratory process.

Keywords: liberalism, rhetoric, nationalism, political culture, Argentina, Spain.

Recibido: 15-09-2009 Aceptado: 03-06-2011

Concebidos como certámenes literarios especializados en el «gay saber» o arte poética, los juegos florales comenzaron en España, concretamente en Barcelona, en 1859. A partir de ese momento se extendieron por el resto del país y alcanzaron su apogeo en las décadas finales de la centuria y en las primeras de la siguiente. En la década de los 1880 se implantaron en Argentina y en otros lugares del continente americano, gracias a los esfuerzos de sectores de las comunidades españolas arraigadas en aquellos países. En particular, en la República rioplatense lograron una presencia significativa en la vida social local, como quedó demostrado en el hecho de la participación de sus elites en ellos y en que éstas asumieron finalmente su organización. Si bien decayeron a medida que avanzaba el siglo XX, al perder parte de su significado y padecer las secuelas de la crisis de la retórica que los había alumbrado, no han dejado de constituir una festividad corriente, como reflejan en el caso americano los testimonios recogidos en novelas como *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez o *Juegos Florales* de Sergio Pitol.

Su funcionamiento nos servirá para analizar el proceso de construcción de un discurso característico y reforzador de la sociedad liberal que implicó el desarrollo de un lenguaje basado en la retórica epidíctica junto a una serie de prácticas de representación. Asimismo, se destacará su papel en la construcción de un discurso político hispano-argentino en que cada parte requería de la otra para establecer su identidad, como quedó patente en los primeros años del siglo XX.

Los juegos se celebraron en localidades de diverso tamaño, desde capitales de provincias a pueblos importantes; por otra parte, no siempre observaron una regularidad precisa, entre otras razones por la brillantez con que fueron concebidos que los volvía muy onerosos para sus promotores. Tampoco hubo fechas fijas de celebración, sino que aquéllas variaron en función de los intereses de los convocantes. Con frecuencia se organizaron en el mes de mayo, dada su asociación inicial con el culto mariano por el protagonismo otorgado a la mujer; sin embargo, y en eso residió una de las claves de su éxito, gozaron de la suficiente flexibilidad a la hora de adaptarse a las necesidades de los convocantes; así, en Valencia tuvieron lugar en julio, dentro de un clima de reivindicación regionalista, por el deseo de marcar diferencias respecto a los organizados

en Cataluña. Por su parte, en América la fecha se trasladó al 12 de octubre por el interés de las comunidades de emigrantes, que los impulsaban, de resaltar la unión entre España y aquel continente, plasmada en el descubrimiento colombino; igualmente, a medida que su organización recayó en entidades propiamente argentinas se convocaron en fechas relacionadas con la independencia[1].

Los juegos presentaron la estructura típica de los concursos literarios con premios y accésit otorgados a composiciones de temática libre o que se atenían a los contenidos propuestos por los promotores. Las recompensas consistieron habitualmente en flores de oro o plata y en sumas en metálico; asimismo, el ganador del primer premio gozaba del privilegio de elegir reina de los juegos a una afortunada de entre un grupo de muchachas de la localidad. Entre los trabajos presentados predominaron inicialmente los de carácter poético; sin embargo, con el tiempo adquirieron peso las obras en prosa y en particular los ensayos, que podían versar sobre temas variopintos de carácter histórico, político o social. Emilia Pardo Bazán destacó la existencia de dos fases diferenciadas por la índole de los temas predominantes: una primera, «de reivindicación patriótica ligada al romanticismo y al «descubrimiento por los pueblos de su voz», sucedida por otra «más social e histórica»[2].

Más allá de su carácter festivo y del hecho de representar una oportunidad para escritores de todo tipo —incluso, como ha señalado Fradera para el caso catalán, la participación en ellos se convirtió en requisito para la consagración literaria—, los juegos florales tuvieron un significado más profundo en sociedades liberales y oligárquicas como la española o, como veremos más adelante, la argentina; es decir, en el periodo comprendido entre el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX. En el primero de los casos fueron respaldados por la mayor parte del espectro político del momento, procedente del campo dinástico o del republicano, como el exiliado Rafael Calzada —uno de los grandes impulsores de aquellos certámenes en Argentina—, o incluso por sectores afines al tradicionalismo, como los patrocinadores del acto en Burgos en 1902,

[1] La elección de fecha en Valencia, en Gonzalo GARCÍA AGUAYO: «Origens de la Recuperació Idiomatica a través d'una Lliteratura de Circumstances», *Revista de Filología Valencia,* 8 (2001), pp. 77-90.

[2] Emilia PARDO BAZÁN: *Discurso pronunciado en los Juegos florales de Orense la noche del 7 de Junio de 1901,* Coruña, 1902, p. 10.

que lamentaban la politización de tales celebraciones en otros lugares y proclamaban su intención de combatir con la poesía a «los jóvenes degenerados, positivistas, ácratas y modernistas». Entre los oradores más sobresalientes figuraron muchos miembros de la clase política de todo signo, como Francisco Silvela, Segismundo Moret, Alejandro Pidal y Mon, Ortí y Lara, Romero Ortiz, Víctor Balaguer o Niceto Alcalá Zamora[3].

La existencia de aquellos eventos representó, de acuerdo a la concepción genealógica del liberalismo decimonónico, una recuperación mítica de la Edad Media. Según una tradición, reiterada con frecuencia en los discursos pronunciados en los certámenes, sus antecedentes se remontaban a la antigüedad romana y al esplendor de la poesía trovadoresca en la Provenza del siglo XIII. Su historia azarosa representaba la lucha secular entre libertad y tiranía, que guardaba paralelismos con los conflictos políticos presentes en la instauración del régimen liberal. El progresista Víctor Balaguer, mantenedor de los primeros juegos de Barcelona, convirtió la poesía provenzal en símbolo de «la libertad de prensa de los tiempos feudales», al narrar su represión durante la cruzada contra los albigenses, quienes habían luchado por la libertad conjuntamente con el reino de Aragón en Muret. La persecución ulterior, sin embargo, no habría acabado con su existencia, pues muchos de los poetas continuaron reuniéndose para cantar sus poemas «como en las sociedades secretas (del siglo XIX)». Su tenacidad culminó en la inauguración de los juegos florales de Tolosa en 1323, en medio de un «entusiasmo patriótico», pero reducidos a cantar a la Virgen «para no despertar sospechas», y en su plena instauración, sin limitaciones y bajo la protección de los reyes de Francia, por Clemencia Isaura en 1495. Después de ese periodo, y tras constatarse su entrada por Cataluña y la difusión por el resto de España, el relato o bien se diluía al abordar los siglos siguientes, o bien lamentaba una decadencia transitoria, superada por un renacimiento decimonónico. Éste dependía de una serie de cambios estrechamente unidos a la concepción progresiva de la historia liberal. Así lo corroboraba

[3] Josep María FRADERA: *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña 1838-1868,* Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 192. El consenso político en Rafael TASIS: *Els Jocs Florals de Barcelona en l'evolució del pensament de Catalunya: 1859-1958,* Barcelona, Diputació de Barcelona, 1997. Cesáreo GARCÍA ÁLVAREZ: *Los juegos florales,* Burgos, 1902, p. 45.

el presidente del jurado de los juegos de Calatayud en 1896, Valentín Gómez, al saludar el reemplazo «de los monarcas por los pueblos» en la concesión de los premios. Asimismo, el acta del jurado de los juegos celebrados por el Ayuntamiento de Madrid en 1878, tras considerar «el progreso ilimitado resultado de la educación moral e intelectual de los pueblos», elogiaba la incorporación de ensayos en los certámenes por enriquecer el contenido poético tradicional e impulsar el desarrollo científico y la circulación de ideas. Un progreso, asegurado en su continuidad, como fue común en los discursos liberales de aquella centuria, por la presencia de la juventud. El acta de los juegos florales de Córdoba de 1909 destinaba «estos torneos al desarrollo del genio juvenil para que la juventud pueda desarrollar su capacidad espiritual», y la de los organizados en Cádiz en 1912 los convertía en el escenario en que la «juventud pensadora, aconsejada por la ciencia, ha estudiado fenómenos sociales y se ha despejado de antiguos prejuicios, para trabajar en el movimiento de concentración y unificación de la raza»[4].

En todo caso y pese a sus transformaciones, nunca se perdió la impronta lírica, como era de esperar en una sociedad (como la española) en la que los poetas, encuadrados en las elites sociales y políticas, participaban intensamente de la vida social. También guardaba relación con una cultura liberal marcada por las diversas manifestaciones de idealismo filosófico (eclécticas, krausistas, espiritualistas, hegelianas...) que unían ciencia y espiritualidad e identificaban el materialismo con el socialismo. Desde estos supuestos, la literatura cumplía una función moral y educativa, adquiriendo el poder de transformar la realidad. Dentro de ella, la poesía conservó una posición privilegiada, por ejemplo según el krausismo, por su capacidad de iluminar el interior del hombre y la idea que éste tenía de Dios. Asimismo, contribuía junto a la retórica y el resto de las bellas letras a la mejora del gusto frente a la grosería materialista, lo que a su vez incidía positivamente en el intelecto y en la moral.

[4] Para los discursos de Balaguer y el progreso ilimitado, véase AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Juegos Florales. Certamen abierto en 1878 para celebrar el regio enlace de S.M Alfonso XII con S.A.R. Doña María de las Mercedes de Orleáns,* Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1879, y Valentín Gómez en Víctor BALAGUER: *El regionalismo y los juegos Florales,* Villanueva y Geltrú, 1897*,* p. 14. REAL SOCIEDAD ECONÓMICA CORDOBESA DE AMIGOS DEL PAÍS: *Juegos Florales de Córdoba,* 1909, p. 5, y *Juegos Florales de Cádiz o Certamen científico literario. Año 1912,* Cádiz, 1912, p. 5.

En los juegos florales de Matanzas en 1861, el presidente del jurado saludaba el convencimiento de que «la ventura se alcanzaba con el abandono de los goces materiales y en la búsqueda racional de lo bello, absoluto e infinito». Otro tanto ocurría en Argentina, donde Ernesto Quesada elogiaba los juegos florales de 1882 por demostrar que su pueblo no estaba «corrompido por la búsqueda del becerro de oro y el vil egoísmo»; igualmente, en Cádiz se exhortaba, treinta años más tarde, a los poetas a sacudirse del «letargo materialista del siglo»[5].

En América, la poesía quedó incluida dentro del canon de los géneros considerados viriles, como la biografía, el ensayo o el teatro, por permitir el progreso y la civilidad frente a la novela y los folletines, cuestionados por femeninos e inmorales hasta fines de la centuria. En 1882, Rafael Calzada, tras recordar que «detrás de todo gran pueblo había existido siempre una gran literatura», afirmaba que la poesía era el arte por antonomasia, superior a las demás porque las englobaba. Dos años más tarde, en el discurso de clausura de una nueva edición de los juegos, afirmaba que la poesía era una muestra del desarrollo de las naciones, lo que obligaba a fomentar su uso. A comienzos del siglo XX, Leopoldo Lugones situaba en *El payador* el origen de la raza argentina en aquellos poetas errantes que daban nombre a su obra y que, añadiríamos nosotros, remitían a los trovadores fundadores de los juegos florales. No importaba, a tal efecto, que en la centuria se sancionase la imagen maldita del poeta condenado al aislamiento, por ejemplo en los casos de Zorrilla o en José Martí, pues aquél cumplía un papel titánico de mediador, de único intérprete de la naturaleza y de creador de la historia; ideas que, junto a la misión de enfrentar los peligros de un excesivo materialismo con una reivindicación de lo espiritual, reflejaban los aportes del modernismo.

El poeta, de nuevo según Calzada, no sólo servía para deleitar, sino que acompañaba a los pueblos y construía su historia al cantar el pasado, interpretar el presente y, sobre todo, marcar el camino

[5] Los principios krausistas en Francisco GINER DE LOS RÍOS: «Del género de poesía más propio de nuestro siglo», en *Ensayos,* Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 41. El papel del gusto en Nan JOHNSON: *Nineteenth-Century Rhetoric in North America,* Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991, p. 31. LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MATANZAS: *Juegos Florales del año 1861,* Matanzas, 1861. Los comentarios de Quesada en *La Revista de Buenos Aires,* 14 de octubre de 1882. *Juegos Florales de Cádiz...,* p. 1.

del porvenir. Cumplía así el ideal liberal de unión del pasado y futuro, apuntado por Tocqueville cuando asociaba la poesía con la búsqueda y consecución de lo ideal y caracterizaba a la poesía moderna, correspondiente a la edad democrática, por centrarse en el futuro (es decir, el progreso) y en la nación. Por su parte, Rahola le otorgaba el poder de mantener la pureza lingüística del castellano, elemento clave de la identidad política, como veremos, frente a la novela o el teatro que «requerían barbarismos y modismos»[6].

Ese progreso conllevaba una suavización de las costumbres sociales. Pocock señaló en su momento que la creciente complejidad del mundo en el siglo XVIII implicó la erosión de la virtud republicana clásica y su sustitución por modos o *manners,* símbolos de un refinamiento manifestado en el triunfo de la ley, que permitían las relaciones sociales complejas. Según Stedman Jones, desde la experiencia de la Revolución francesa y en una línea de pensamiento que desembocó en Say y luego se extendió a los Estados Unidos, se situó en su mejora la solución del problema social y de la cuestión de la pobreza. Cristóbal de Castro explicaba la llegada al poder y la estabilidad de la Unión Liberal por un cambio del país en esa línea de perfeccionamiento de las relaciones. La política se había ennoblecido y había adquirido «formas científicas», mientras que en el trato de las gentes se imponían «modales finos», con lo que la práctica política anterior, basada en «el cuartel y el club», había cedido el paso a «las modernas artes» centradas en «la tribuna y la biblioteca». Quizás por eso no fue una casualidad la reaparición de los juegos florales precisamente en los años 1850, como tampoco lo sería su auge en la Argentina de la década de los 1880 tras el fin

[6] Para la concepción americana sobre la supremacía de la poesía, véase Beatriz GONZÁLEZ STEPHAN: *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX,* Vervuert, Iberoamericana, 2003, pp. 189 y 248. El discurso de Calzada en *Álbum de los Juegos Florales celebrados por la Sociedad Española «Centro Gallego» de Buenos Aires en 12 de octubre de 1882,* Buenos Aires, 1882, p. 20; el de clausura de los de 1884 en Rafael CALZADA: *Discursos,* Buenos Aires, 1900, p. 25. La referencia de Lugones en Ángel RAMA: *La ciudad letrada,* Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 92. El malditismo de los poetas en Ricardo NAVAS RUIZ: *Poesía Española. El siglo XIX,* Barcelona, Crítica, 1996, p. 36, y en Óscar RIVERA RODAS: *La Poesía Hispanoamericana del siglo XIX,* Madrid, Alhambra, 1988, p. 170, para el caso de Martí. Alexis de TOCQUEVILLE: *La democracia en América,* vol. II, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 64, y Federico RAHOLA: *Sangre Nueva,* Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, 2002 [1905], p. 74.

de las guerras de caudillos. En 1864, el gobernador de Barcelona, Guerola, destacaba en el discurso inaugural de los juegos de aquella ciudad el contraste entre la lucha con las armas de la poesía y las guerras que asolaban Norteamérica y Europa. En los juegos de Rosario de 1883 su director, Pedro Arias, al contar la genealogía de los juegos, los remontaba a la Antigüedad, «cuando predominaban los combates y las pruebas físicas», y proseguía su relato con los avances en el camino de la cultura y de la civilización, que consagraban «las luchas incruentas del pensamiento y los brillantes combates de la inteligencia creadora». En los de Buenos Aires de 1884, Calzada caracterizaba el acto de «fiesta sublime en que la idea venía a luchar contra la idea». Llevado al campo más preciso de la política, Balaguer los convirtió en un lugar de neutralidad política donde «los hombres de todas las ideas y de todos los partidos aunaban sus fuerzas para glorificar la patria, la fe y el amor». Por su parte, Romero Ortiz los saludaba por agrupar a «los representantes de la tradición que evocaban las sombras del pasado en demanda de soluciones, y a los apóstoles de las nuevas ideas»[7].

Elías Palti ha fechado la transformación del lenguaje político americano a mediados del siglo XIX, coincidiendo con el auge del positivismo, al que niega el carácter de vuelta a idearios tradicionales o de mera adaptación del liberalismo europeo a la realidad colonial, y otorga un sentido plenamente liberal que habría provocado el paso de una opinión pública forense a otra de tipo estratégico o proselitista. Se define la primera, nacida en el periodo revolucionario de finales del siglo XVIII, por su articulación en torno a una verdad única, lo que exige una retórica de tipo deliberativo en donde la cuestión es convencer al contrario. Frente a ella, el modelo de

[7] John G. A. POCOCK: «Virtudes, derechos y manners. Un modelo para los historiadores del pensamiento político», en ÍD.: *Historia e Ilustración. Doce estudios,* Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 317-337; Gareth STEDMAN JONES: *An End to Poverty. A historical debate,* Londres, Profile books, 2004, p. 119, y Cristóbal de CASTRO: *Antología de las Cortes de 1859 a 1863,* Madrid, Imprenta y Encuadernaciones de V. Tordesillas, 1911, p. 28. Para la intervención de Guerola, véase Rafael TASIS: *Els Jocs Florals...,* p. 36. CENTRO ESPAÑOL DEL ROSARIO: *Álbum de los juegos Florales, celebrados por iniciativa de la sociedad en 6 de noviembre de 1883,* Rosario, 1884, p. 20; Rafael CALZADA: *Discursos...,* p. 23; Víctor BALAGUER: «Saludo a Valencia. Discurso pronunciado el 29 de junio de 1880», en *Los juegos florales,* Barcelona, 1895, pp. 61, y Antonio ROMERO ORTIZ: *Discurso pronunciado por D. Antonio Romero Ortiz, presidente del jurado de los Juegos Florales celebrados en Pontevedra en 1880,* Santiago, 1880, p. 6.

opinión pública estratégica parte de la idea de la simultaneidad de diferentes intereses, que pueden y deben ser armonizados, por lo cual la cohesión social es algo en permanente construcción. Eso se reflejó en la importancia concedida a partir de esta época a las leyes educativas y a toda disciplina capaz de reforzar el autocontrol; también implicó la conversión de la política en una forma ritualizada de la guerra, que no pusiera en cuestión permanentemente el orden establecido, y en la sublimación de la lucha en contiendas verbales, lo que fue, como acabamos de ver, un elemento significativo de los juegos florales; finalmente, aquel objetivo exigió potenciar el sentimiento de pertenencia a esa sociedad. Semejante cambio conllevó transformaciones en el lenguaje en un proceso de relativo desplazamiento del discurso político por la literatura y la poesía, y de reflexión sobre su función, pues, según veremos, la lengua se concibió como una muestra de identidad y de atraso o progreso de esa comunidad. En el plano más estrictamente oral supuso el retroceso de la retórica deliberativa ante la epidíctica, o aquella en donde el orador busca conmover o movilizar a un público convencido de antemano, y que, según Carter, ha destacado siempre por reforzar el sentido de comunidad, eliminar antagonismos y establecer patrones de conducta. Dicho autor ha acertado, sin duda, al considerar la oratoria fúnebre el escenario privilegiado de tal tipo de retórica; sin embargo, el ejemplo de los juegos florales nos muestra su presencia en otros territorios más festivos[8].

Estos actos representaron idealmente el orden social liberal, con lo que esto conllevaba de culto a un pasado armónico. En primer lugar, en ellos se premiaba el esfuerzo y el talento, dos virtudes básicas en una sociedad con aspiraciones meritocráticas. En segundo, se desenvolvieron en espacios privilegiados, como las sedes de las sociedades promotoras, recurriéndose cuando la ceremonia cobraba

[8] Elías José PALTI: *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XX (un estudio sobre las formas políticas del discurso),* México, FCE, 2005. Para el caso argentino, véase ÍD: «La transformación estructural de la esfera pública latinoamericana en el siglo XIX y el surgimiento del modelo proselitista de la opinión pública», en Marta CASAÚS y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940,* Madrid, UAM, 2005, pp. 29-38. Michael F. CARTER: «The Ritual Functions of Epideictic Rhetoric: The Case of Socrates' Funeral Oration», *Rhetorica,* 3 (1991), pp. 209-232, y Carlos FERRERA CUESTA: «Sentimiento y sublimidad. La oratoria fúnebre en el último tercio del siglo XIX», *Historia Social,* 64 (2009), pp. 25-44.

una mayor importancia a alguno de los principales teatros existentes en la localidad. Así ocurrió en Buenos Aires en 1882 en el gran Teatro Nacional, decorado con el objetivo de trasmitir una imagen de riqueza y bienestar con «tules inmensos, guirnaldas de flores, inmensos torrentes de luz, escudos con flores en las balaustradas de los palcos, trofeos, seda, oro...»; entre las puertas, en el zaguán y en el vestíbulo se colocaron «macetas con grandes plantas y colosales jarrones, distribuidas con gusto»; y en el escenario, delante de grandes telones preparados en diferentes planos para dejar abiertas arcadas de las que colgaban escudos españoles o argentinos, había mesas con ricos tapetes para el jurado, sillas de raso para los vencedores del torneo, los mantenedores y los invitados y, en medio de ellas, en un lugar más elevado, la destinada a la reina de los juegos. Entre los elementos utilizados llama la atención el protagonismo del mundo vegetal, y en particular de las flores, que, además de remitir a los premios, albergaban diversos significados, acordes con las tendencias simbolistas de la poesía desde mediados del siglo XIX, que establecían una correspondencia entre el yo y la naturaleza. En esa línea, fueron identificadas metafóricamente con la pureza, la exuberancia o la fecundidad, tanto del país como de sus mujeres; una riqueza que se reflejó en los títulos de antologías literarias, como el *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX* de Juan Valera. En el caso americano, según Guzmán Moncada, se añadió a la idea de riqueza cultural la intención de destacar la pujanza de la literatura americana y su derecho a la independencia respecto a la española, que reflejaba a su vez la viabilidad política de sus Estados. Fue el caso, por ejemplo, de *Flores del Nuevo Mundo* de 1863 del peruano Manuel Nicolás Corpancho; o de *Poesía americana* del argentino Juan María Gutiérrez de 1866, quien recurrió a la imagen selvática para destacar aquella abundancia y entidad literaria[9].

Por otra parte, la preferencia por los escenarios teatrales reflejó el deseo de reafirmar la idea de jerarquía, manifiesta en la diferenciación entre el patio de butacas, ocupado por el público, y la escena, reservada a los asistentes de mayor rango, entre los que figuraban miembros de la elite sociopolítica local y nacional. Su par-

[9] Las descripciones de los juegos de 1882 en *La Patria Argentina* y *La Nación,* 13 de octubre de 1882. Carlos GUZMÁN MONCADA: *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 82.

ticipación tenía mucho de exhibición, pues solían entrar en comitiva en la sala, con ésta ya abarrotada, desfilando entre música o himnos hasta alcanzar el asiento. El relato de los juegos celebrados en Calatayud en 1896 retrata una liturgia que presentó pocas variaciones en el tiempo a tenor de los casos estudiados. El centro de la escena quedó reservado al trono de la reina de la fiesta, a la derecha se colocó la mesa presidencial con el alcalde y el mantenedor y presidente del jurado Víctor Balaguer; a la izquierda se encontraba una tribuna con otros mantenedores, como la infanta María Isabel Francisca, los ministros de Ultramar y de Fomento, el capitán general de Aragón, el obispo de Tarazona, el gobernador civil, un representante de la casa constructora del Ferrocarril Central de Aragón, otros de diversos casinos y sociedades y de la prensa local. Finalmente, y en el mismo lado aparecía otra tribuna para conceder los premios y proceder a las lecturas de las obras galardonadas. Ese grupo escogido permanecía en escena mientras se pronunciaba el fallo del jurado, se subía a la joven elegida como reina, se pronunciaban los discursos, se interpretaba alguna pieza musical y se leían, parcialmente en el caso de los ensayos, las composiciones premiadas.

Ese ritual giró, en gran medida, en torno a la mujer como objeto idealizado de inspiración que reafirmaba la imagen de feminidad limpia y frágil, forjada en el siglo XIX en el ámbito doméstico y sentimental. Su delicadeza de flor remitía a un ser puro, concepto, según Corbin, asociado al auge del culto mariano patente en el establecimiento del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854. La idea de un cuerpo puro se ajustó bien a la sensibilidad romántica, prendada de la pureza de los orígenes, y permaneció en la conexión de las enfermedades individuales y sociales con los problemas de moralidad del discurso médico positivista. Esa imagen se convirtió en modelo para el resto de mujeres, cuya limpieza en todos los sentidos, sin suponer renuncia a la sensualidad, se consideró sinónimo de pureza interna, pues dependía de la castidad de alma. Era el caso de la reina de los juegos de Cádiz Piedad Iturbe, llena de «vida intensa, pasión en el rostro, pureza y castidad, soplo divino de Dios en su frente... Ideal de mujer» o de la «joya de amor, alegría del alma, luz en el cielo, miel del paraíso», cantada por Víctor Balaguer en Calatayud[10].

[10] Alain CORBIN: *Historia del cuerpo,* vol. II, Madrid, Taurus, 2005, pp. 66 y ss.; *Juegos Florales de Cádiz...,* p. 11, y Víctor BALAGUER: *El regionalismo y los...,* p. 56.

Un ser pasivo y contemplable que, como indicaba el acta de los juegos celebrados en Cádiz en 1912, servía para que el hombre «mostrase el talento al cantar su belleza». Es cierto que esto se compaginó con protagonismos ocasionales, pues no en vano el origen de los juegos se remontaba al personaje mítico de la provenzal Clemencia Isaura e incluso aparecieron algunas poetisas entre las premiadas y los jurados. Sin embargo, aparte de atender al hecho de que las mujeres constituían el público mayoritario de los libros de poesía, esto guardaba relación con la presencia que se les asignaba en la estabilidad e integración del organismo social como educadoras y baluartes de la moralidad. En ese colectivo se podían incluir reinas, como la consorte de Alfonso XII, María de las Mercedes de Orleáns, retratada como una sinécdoque de la mujer española al gozar de «juventud, estirpe, belleza, amor a la patria, piedad, virtud y elevación moral» tan necesarias «en el hogar del pobre como en los alcázares soberanos»; o mujeres comunes como la elogiada por Rafael María de Labra en Cádiz en 1912 cuando cantaba «el eterno femenino que por su educación busca impedir divisiones entre los hombres y alimentar empresas comunes».

Paralelamente, ese idealismo ocultaba motivaciones más prosaicas al servir de proyección social para determinadas jóvenes de las elites. Si bien en apariencia la elección de la más bella como reina y de sus compañeras como damas de su corte, se dejaba a la inspiración poética del ganador, en la práctica las escogidas pertenecían a familias bien situadas, de la buena sociedad, según señalaba *El Diario* en Buenos Aires, o, como ocurría en el caso de la señorita Barroso Sánchez-Guerra, reina de los juegos de Córdoba en 1909, cuyos apellidos mostraban su parentesco con dos famosos políticos dinásticos de la provincia.

El pretendido carácter integrador de una sociedad alrededor de su elite potenció, a su vez, el sentido de identidad territorial, que, por supuesto y dado el periodo en que nos encontramos, acabó centrado en la vertiente nacional, como quedó reflejado en el propio lema de los juegos «Patria, fides y amor». El marqués de Valmar resumía en los juegos florales organizados por el Ayuntamiento de Madrid en 1879 la idea romántica de las artes como expresión del genio nacional, elogiaba la monarquía de Alfonso XII, al que convertía en un caballero renacentista, mezcla «de hombre de armas y de letras», y confiaba en que la era de paz inaugu-

rada por su reinado alumbrase una literatura «no artificial ni extranjerizante sino nacional y digna de los nobles y tradicionales sentimientos de la raza española». No resulta extraño, por tanto, que los temas propuestos por los jurados o escogidos libremente por los concursantes en los sucesivos certámenes oscilasen entre la búsqueda de una genealogía heroica, que multiplicó los trabajos acerca de «Covadonga» «La patria», «Sagunto», «Isabel la Católica», «La Madre Patria» y «La independencia», y su mejora desde una posición regeneracionista con reflexiones sobre el «Aprovechamiento del regadío», «La sustitución del impuesto de Consumos», «El problema obrero», «La infancia abandonada, viciosa y delincuente» o «La industria»[11].

Más allá de la evidencia de la patria, la aproximación a los otros dos términos del lema observó igualmente una vocación nacional. Así, la mención a la fe entró menos en cuestiones teológicas que en inspirar una idea organicista que presentaba la sociedad como un espacio trabado por lazos de obligación moral y caridad entre sus miembros. De esta manera se multiplicaron composiciones con títulos tan reveladores como «La caridad es la vida del mundo», «Sin caridad no hay salvación», «Justo Dios, dime, ¿por qué padece el niño?» o «Ateo, dime ¿cuál es tu consuelo en amargo doloroso insomnio?». La conexión entre caridad y moralidad se tradujo en un plano más práctico y paternalista, pues entre sus patrocinadores figuraron con frecuencia las sociedades benéficas, que reembolsaron para sus fines muchos de los premios; así, en el programa de los Juegos Florales de 1882 en Buenos Aires, el Centro Gallego, en su calidad de organizador, reconocía hermanar la función poética con el espíritu de caridad «innato en los pueblos de raza latina». También menudearon las donaciones de asistentes a «alguna huérfana de padre que hubiera atendido a sus hermanos pequeños con su trabajo», a «un escolar pobre que siguiera con brillantez sus estudios» o a «un obrero constante y laborioso». En cuanto al amor, cuyo lugar fue preeminente en los juegos, si bien tuvo a la mujer como principal destinataria, conoció un tratamiento que trascendió la simple dimensión de la relación idealizada de género. La retórica epidíctica del siglo XIX buscó la apelación al sentimiento, al conce-

[11] AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Juegos Florales...; Juegos Florales de Cádiz...,* p. 26; *El Diario,* 13 de octubre de 1882, y REAL SOCIEDAD ECONÓMICA CORDOBESA DE AMIGOS DEL PAÍS: *Juegos Florales...*

birlo, según mostró *The Science of Rhetoric* de David Hill, como el puente que conducía al movimiento y el progreso por permitir el paso del conocimiento a la acción. Esto tuvo una lectura nacional en una época en que dicha entidad territorial se presentó, por ejemplo en el caso de Abraham Lincoln, como «un lazo de sentimientos que unían pasado, presente y futuro». De esta manera, la mujer amada era quien garantizaba la viabilidad nacional al tener hijos y ser depósito de moralidad con su pureza; pero además tal sentimiento se entrelazó con lo patriótico y religioso, como quedó consignado en títulos «Aquel que no ama a Dios ni ama a su patria, por sus hijos no puede ser amado» o «El amor a Dios, a la patria y a la familia hace a los hombres héroes y santos»[12].

Esa nación de los juegos florales fue mayoritariamente un agregado de regiones en el periodo contemplado en este artículo. Ya su renacimiento en la Provenza del siglo XIX había estado ligado a poetas regionalistas como Mistral y a su defensa de la lengua occitana. Si bien tales eventos se extendieron por toda España, lo hicieron más en zonas con una identidad propia como Cataluña, Valencia, Aragón, el País Vasco y Galicia. Salvador Golpe, haciéndose eco de las ideas pronunciadas por los conservadores Francisco Silvela y Pidal y Mon, resaltó el protagonismo de los juegos en la aparición de un espíritu regional por premiar las composiciones en lenguas catalana, gallega, vasca y bable, y privilegiar las temáticas de corte local y regional. Pardo Bazán los calificó de fenómeno centrífugo, opuesto al centralismo y a que Madrid se convirtiera en la «Santa Sede intelectual española». En todo caso, el regionalismo de los juegos, como fue habitual en ese movimiento en toda Europa, no puso en cuestión la idea de nación española, aunque pudo a veces impulsar alguna alternativa y acabó convirtiéndose, según ha señalado Tasis para el caso catalán, en un recurso del nacionalismo. Por esa razón, el fusionista Romero Ortiz protestaba del españolismo gallego, con independencia de que se emplease otra lengua:

[12] Los trabajos de temática religiosa y el destino de los premios en *Juegos Florales de Murcia,* Murcia, 1875; CENTRO ESPAÑOL DEL ROSARIO: *Álbum de los...,* y REAL SOCIEDAD ECONÓMICA CORDOBESA DE AMIGOS DEL PAÍS: *Juegos Florales...* Para el caso de Buenos Aires en 1882, véase Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante AMAE), leg. H1352, núm. 125. Para la obra de Hill, véase Nan JOHNSON: *Nineteenth-Century Rhetoric...,* p. 71.

«Galicia es patriota porque los labradores al romper la dura tierra con su arado ven todavía blanquear en el surco los huesos de los franceses que tan caro pagaron en la guerra de la independencia su desconocimiento de nuestro patriotismo».

Igualmente, Víctor Balaguer, tras situar el verdadero origen de España en la Corona de Aragón, defendió una concepción de nación como agregado de regiones, expresado otra vez en términos literarios:

«Todos los regionalismos son los afluentes que contribuyen al caudal de la literatura española, río poderoso que recorre la Península, que cruza incólume los mares y que va de un mundo a otro para llevar a aquellas añoradas regiones de allende las aguas, la patria, recordanza de la madre Iberia y de la santa España»[13].

Seguramente, por eso fueron considerados de utilidad pública para la regeneración de la patria en la *Gaceta de Madrid* a finales de 1900. Más aún, en sociedades liberales y modernizadoras envueltas en una contradicción entre el deseo de homogeneizar y el temor a las consecuencias de un proceso de urbanización acelerado que originaba nuevos focos de conflictividad, lo regional se inventó con el objeto de encajar las peculiaridades, relegarlas al ámbito marginal del localismo y del pintoresquismo folclórico y también para edificar una imagen idealizada, pastoril e irreal de la población inmigrante. Ése era el deseo de Rahola cuando recomendaba la entrada de una inmigración «sana», que en vez de aumentar el proletariado incrementase los agricultores colonizadores a fin de fortificar «el sentimiento nacional en lejanas tierras». Así lo expresaba igualmente Belisario Roldán en los juegos florales de 1904, al construir

[13] Salvador Golpe: *Regionalismo y lenguaje, discurso leído en los Juegos Florales de Betanzos en 29 de septiembre de 1901,* La Coruña, 1902, p. 7; Emilia Pardo Bazán: *Discurso pronunciado...,* p. 9, y Rafael Tasis: *Els Jocs Florals...,* p. 525. Para el peso del regionalismo en la construcción nacional, véanse los trabajos de Ferrán Archilés, Manuel Martí y María Cruz Romeo, en Carlos Forcadell y María Cruz Romeo: *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo,* Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2006, pp. 51-73 y 161-191; Antonio Romero Ortiz: *Discurso pronunciado...,* p. 8, y Víctor Balaguer: *El regionalismo...,* p. 134. Para la concesión del carácter de utilidad pública, véase Francisca Soria Andreu: *Las Fiestas del Gay Saber,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, p. 45.

la identidad de ambos países con retazos de manifestaciones culturales regionales... y rurales:

«Ved, españoles. Malgrado el resonante cosmopolitismo que nos transforma rápidamente, nuestro alma y la vuestra siguen conservando similitudes inalterables. Uno mismo es el lenguaje sin palabras que hablan nuestros corazones. En el fondo de nuestros aires nacionales suena la insinuación de vuestras *peteneras;* nuestros primeros juveniles entusiasmos, se han ritmado en el jadeante galope de la jota; la quena de nuestros abuelos no es sino la dulzaina de vuestros vascos; del versolari de vuestras provincias vascongadas nació el *payador;* sobre la *milonga* argentina, canturreada por hirsutos campesinos en medio de la Pampa indefinida, flota todo entero el perfume de vuestra quejumbrosa *malagueña;* y de tal manera somos propensos a las mismas sensaciones, que también a nosotros nos invade la inefable melancolía cuando hiere nuestros oídos el rumor apagado de las gaitas y los tamboriles, esos ingenuos amigos del silencio y la pobreza, que resuenan allí en la España montañosa, en medio de las nieves invernales y a la vera de una cabaña humilde donde lloran de emoción un par de viejos»[14].

Los juegos florales en Argentina

En las páginas anteriores ya se han anticipado ejemplos de actividades recogidas en juegos florales celebrados en Argentina. El primer certamen de este tipo fue organizado por el Centro Gallego de Buenos Aires en 1881, que además se consideró pionero de los acaecidos en América, aunque sabemos que en Cuba, por lo menos, habían tenido lugar algunos una veintena de años antes.

La fecha elegida no parece casual porque en los años 1880 hubo una serie de cambios a ambas orillas del Atlántico que impulsaron el desarrollo de tales certámenes. En España, en una fase en que parecía estabilizarse el régimen político después de un quinquenio de Restauración canovista, cundió la idea, en particular entre los sectores más liberales que en ese momento alcanzaron el poder de la mano del fusionismo de Sagasta, de que el progreso del país pasaba por una apertura hacia el exterior y, en especial, al continente americano. Ejemplo de ello fueron publicaciones como *La América,*

[14] Federico RAHOLA: *Sangre Nueva...,* p. 133. El discurso de Roldán, en Carlos M. SANTIGOSA: *El Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires,* Sevilla, Heraldo Sevillano, 1906, p. 160.

situada en un espectro que abarcaba el liberalismo dinástico y el republicanismo, que prodigó artículos sobre Argentina. En ellos se procuró acercar posiciones, refutando las críticas del diario conservador *La Época* sobre el maltrato padecido por la comunidad emigrante española en aquel país, se analizó su enorme potencialidad y su rápido enriquecimiento económico y se defendió un incremento de las relaciones. Este clima de acercamiento culminaría, como es sabido, con la fundación de la Unión Iberoamericana de 1884 que propugnó una aproximación basada en el estrechamiento de los lazos culturales. Este americanismo, sin embargo, cosechó escasos logros, quedando reducido en la mayoría de los casos a una mera retórica por los vaivenes políticos, la poca entidad de la posición diplomática española y su debilidad presupuestaria, que dejó, según Carlos Rama, en manos de la iniciativa privada, en particular de los emigrantes, las escasas medidas abordadas[15].

En los juegos de Buenos Aires en 1881, el Centro Gallego solicitó al Ministerio de Estado el patrocinio de uno de los premios del siguiente certamen; y el propio encargado de la legación bonaerense Juan Durán, tras enviar por segundo año consecutivo el programa con los premios ofrecidos por el presidente de la República y demás autoridades, lamentaba que «por el Gobierno de nuestro país no se destine objeto alguno tratándose de una "Sociedad" puramente española y del cultivo y fomento de la literatura patria», al tiempo que recordaba el mal efecto de esa ausencia el año anterior. La respuesta ministerial no dejaba dudas, al desautorizar al encargado que había propuesto la cantidad de cinco mil pesetas —la misma concedida por el presidente argentino— «por ser excesiva» y ordenársele «no comprometer ningún premio». A eso se añadieron los recelos por la impronta republicana de algunos núcleos influyentes en la emigración y en la organización de los sucesivos juegos. En ese sentido, Rafael Calzada, de quien el plenipotenciario español González de Salazar aconsejaría impedir su elección como diputado en la Península, saludaba los juegos florales que despertaban al genio que había de cantar «el desenvolvimiento de la idea republicana»[16].

---

[15] *La América,* 28 de diciembre de 1881 y 9 de enero de 1882, y Carlos Rama: *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX,* Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 273.

[16] La petición del Centro Gallego el 26 de octubre de 1882, en AMAE,

La posición de la comunidad española en Argentina había sido difícil en la primera mitad del siglo por ser identificada con la época colonial. Tras la caída de Rosas, mejoró la situación. La supresión del deber de conscripción militar de los extranjeros aprobada por aquél, que en realidad sólo afectaba a los españoles, incrementó su número, al acabar con la práctica de alegar otra nacionalidad para eludir aquella carga. A ello se sumó la evidente aceptación por España de la independencia americana tras el abandono de la política expansionista de los años sesenta que despejó muchos recelos en América. Aunque las tensiones nunca desaparecieron completamente, a partir de los años 1880 la comunidad española se vio reforzada, gracias al aporte demográfico, al enriquecimiento de una parte de sus miembros, bien relacionados con las elites indígenas, y a la presencia de una intelectualidad procedente mayoritariamente del exilio republicano posterior a la Restauración borbónica.

El crecimiento material vino acompañado de un desarrollo organizativo con la proliferación de instituciones culturales, económicas, y benéficas, que levantaron redes de acogida, supliendo, en este sentido, el abandono por parte del Estado español y el vacío dejado por la política de *laissez faire* argentina, al tiempo que fomentaron actividades culturales integradoras, tendentes a asegurar la cohesión del grupo con independencia de las diferencias ideológicas de sus miembros. Muchas tuvieron un carácter regional, según el marqués de Valdeiglesias, porque «el emigrante desamparado se agrupaba con sus próximos y por eso resurgía la patria chica»; también, como ha señalado Devoto, porque desde Argentina se manejó una visión regionalizada de la inmigración que estableció jerarquías de valores entre los grupos regionales de un mismo país. Sin embargo, la existencia de otras minorías extranjeras y el rechazo inicial argentino ayudaron al fortalecimiento de la identidad nacional y explicaron su colaboración habitual en los actos colectivos. En casos como el de la comunidad gallega, escasamente considerada entre la población de origen y la de otras regiones españolas, tales fórmulas sirvieron para combatir estereotipos negativos.

---

leg. H1352, núm. 85; Juan Durán a ministro de Estado, 23 de junio de 1882, núm. 125; la respuesta ministerial, 4 de abril de 1882, en núm. 27; González de Salazar a ministro de Estado, 17 de agosto de 1905, leg. H1354, núm. 74bis. La intervención de Calzada, en *Álbum de los Juegos Florales celebrados por la Sociedad Española «Centro Gallego» de Buenos Aires,* p. 24.

Así —al igual que ocurría en la Península— en los juegos florales de 1881, además del Centro Gallego, actuaron como patrocinadores las sociedades vascas Laurack-bat de Buenos Aires y Montevideo, que otorgaron premios a composiciones dedicadas a Elcano y al fundador de la capital uruguaya Bruno Zabala, y el Club Catalá, cuyo galardón premiaba la mejor composición acerca de la «Expedición de los catalanes y aragoneses a Oriente»[17].

La recepción de los juegos por parte argentina fue buena, como lo prueba el hecho de que en los de 1881 ocupase la presidencia del jurado el expresidente Avellaneda y figurasen entre los mantenedores personajes de la talla de Mitre o Sarmiento; y que en los siguientes lo hicieran el presidente Julio Roca o el gobernador de la capital Dardo Rocha. Esto suponía prescindir de la demanda de independencia cultural, enarbolada por la Generación de 1837, que había retomado la exhortación de Andrés Bello a la poesía en su famosa *Alocución* para que abandonase la anquilosada Europa y se trasladase a América a cantar su naturaleza y guiar a sus pueblos. Alberdi o Sarmiento, que habían lamentado la persistencia de la influencia cultural española, considerándola un freno al progreso de la nación, propugnaron el rompimiento con la herencia colonial y con «la anquilosada lengua de Cervantes», sustituyéndola por otra abierta e integradora de todos. El significado político de la lengua y la preeminencia otorgada en ella a la poesía quedó patente en la importancia asignada a las antologías, que supusieron, según Guzmán Moncada, el intento de crear un imaginario nacional y americano a la vez que no se excluía el localismo particularista. Ejemplo de esta labor fueron las obras *Poesía americana* (1866) y *América Literaria* (1883-1890) de los argentinos Juan María Gutiérrez (quien

[17] Los recelos hacia la comunidad española, en José MOYA: *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930,* Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 361. Para el peso del exilio, véase Hugo Edgardo BIAGINI: *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano en las postrimerías del siglo XIX,* Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1993. Para el olvido de las diferencias ideológicas, véase Ángel DUARTE: *La república del emigrante, la cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910),* Lleida, Editorial Milenio, 1998, p. 56; Marqués de VALDEIGLESIAS: *Viaje de S.A.R. la Infanta Isabel a Buenos Aires. Mayo de 1910,* Madrid, 1910, p. 162; Fernando DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 18, y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *O inmigrante imaginario,* Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2002.

simbólicamente había rechazado la invitación a ingresar en la Real Academia Española) y Francisco Lagomaggiore, respectivamente. Ambas manejaron la metáfora vegetal del desarraigo de lo español, frente a los autores más proclives a mantener la unión que preferían usar igualmente la imagen vegetal del transplante, como fue el caso de Calixto Oyuela, premiado precisamente en los juegos florales de 1882, y autor en 1885 de la compilación *Trozos escogidos de la literatura castellana*[18].

Pese a que tales posiciones no desaparecieron, como lo demuestra la obra de Lagomaggiore, en los 1880 la visión del pasado se modificó y se produjo una revalorización de lo español. Detrás de este cambio se situó la preocupación existente entre las elites por el peligro de disolución de la nacionalidad argentina ante el avance de los Estados Unidos, la creciente emigración extranjera o el fracaso del sistema educativo, incapaz de inculcar patriotismo o de enseñar la lengua española a los hijos de los extranjeros, quienes acudían a centros gestionados por sus propias comunidades. No es casual, por tanto, el interés en los juegos florales, máxime cuando su director general destacaba en 1882 la importancia del acto «en estos países absorbidos por los progresos materiales y poseídos de un cosmopolitismo que llega a tentar contra la integridad del idioma». En este sentido, la simpatía hacia la comunidad española sólo podía acrecentarse, pues se presentaba menos peligrosa que la italiana, el otro gran colectivo de inmigrados. Por un lado, no existía con ella el problema de la escuela ni el de la diferencia de lengua; por otro, la debilidad española excluía una tentación nacionalista semejante a la italiana, capaz de reivindicar la soberanía sobre los territorios poblados por sus naturales. Asimismo, la importancia de este tipo de actos en la configuración de una comunidad política integrada y de una pacificación de las relaciones sociales, señalada anteriormente, cobraba fuerza en un régimen que, tras la crisis de 1880, parecía alcanzar una estabilidad permanente y suplía la violencia electoral por el fraude, así como las antiguas intervenciones militares presidenciales en las provincias por el control político[19].

[18] La propuesta de independencia cultural en Arturo Andrés Roig: «Política y lenguaje en el surgimiento de los países iberoamericanos», en Arturo Andrés Roig (ed.): *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX,* Madrid, Trotta, 2000, pp. 127-142, y Carlos Guzmán Moncada: *De la selva al jardín...,* p. 121.

[19] Para el valor lingüístico de los juegos, véase Encargado de negocios interino

Esos cambios se reflejaron en la creciente adopción de un discurso de unidad y progreso ilimitado de corte positivista, representado por el primer mensaje presidencial de Roca en 1880. Basado en una concepción organicista, que reemplazaba el contractualismo como origen del sistema político por la idea de una entidad prolongada en el tiempo, necesitó retomar el pasado con un prisma más favorable. En ese ámbito se recurrió, según Ángel Rama, a la literatura como un discurso de definición de la nación mediante la selección de materiales y la integración del pasado colonial y de lo popular, aunque fuese para constatar su desaparición como resultado de un proceso de orden y progreso. El poeta Olegario Andrade, premiado en los juegos florales bonaerenses de 1882, lo resumía en *La Tribuna Nacional* al señalar que ese evento representaba —y por eso «enorgullecía a los argentinos»— la superación de una época carente de libertad y limitada en lo material y literario, sustituida por otra de avance armónico en que «los desiertos se poblaban, el gusto literario se educaba y cantaban los poetas mientras la piqueta del obrero nivelaba las quebradas de las provincias»[20].

Denominador común de los discursos fue la idea de una unión espiritual, basada en un concepto racial y en la pertenencia a un organismo «familiar» y lingüístico común. Así, Calzada hablaba en los juegos de 1882 de fortalecimiento de lazos, del orgullo de España por el «engrandecimiento de los pueblos que consideraba sus hijos». El secretario del jurado de los mismos juegos, Caamaño, argumentaba lo beneficioso de ese tipo de torneos para la raza española de cuarenta millones de hablantes de «la lengua de Cervantes» porque los lazos espirituales «unían más que los materiales». En la misma línea, en los celebrados por el Centro Español de Rosario en 1883 se manifestaba el deseo de que «concurran todos los pueblos que el mar ha separado pero viven y vivirán estrechamente ligados por la tradición, el lenguaje y las creencias religiosas». Paulatina-

a M. Estado, 26 de abril de 1882, en AMAE, leg. 1352, núm. 85. Para los cambios políticos de los 1880, véase Natalio Botana: *El orden conservador,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977, p. 127. El temor a la disolución nacional en Lilia Ana Bertoni: *Patriotas, Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX,* México, FCE, 2001. Una visión general de los problemas identitarios y la voluntad de construir nación en Fernando Devoto: *Nacionalismo, fascismo...*

[20] Ángel Rama: *La ciudad letrada,* Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 91, y *La Tribuna Nacional,* 13 de octubre de 1882.

mente ese origen común fue transformándose en un mestizaje. Mónica Quijada ha señalado cómo la identidad argentina se construyó a través del territorio y no por la noción de *melting pot*. Se eliminó así la diversidad racial existente en beneficio de una ciudadanía cuyos límites quedaban establecidos por las fronteras del país. Mitre y Joaquín V. González elogiaban en 1905 a los españoles por ayudar a construir el país mediante su mezcla con los naturales —cosa que ni italianos ni ingleses hacían—, al igual que habían hecho en el pasado los conquistadores y los indígenas[21].

Esa voluntad unificadora obligaba a reconsiderar la independencia como un trauma, producto de una incomprensión coyuntural, superado por ambos países gracias a la llegada de una nueva época en la que el avance de la libertad desempeñaba un papel decisivo. Hemos visto anteriormente a Calzada vincular los juegos con el desenvolvimiento de la idea republicana. Por su parte, Nicolás Avellaneda en 1881, tras equiparar la relación hispano-argentina con la unión espiritual de las polis griegas, anunciaba el fin de la antigua discordia gracias a que España «después de la inercia soporosa y de los sacudimientos dolorosos» era ya una «nación libre y un pueblo joven», con una «monarquía consentida por el voto libre».

En definitiva, los juegos se convirtieron en una práctica habitual y conjunta por el respaldo institucional argentino y las cortes y premios compartidos por jovencitas y poetas de ambas naciones, sin olvidar una pretensión americanista común que explicó la presencia de diplomáticos e instituciones de la emigración española en las repúblicas vecinas. Por supuesto, se vivieron vicisitudes que rompieron su regularidad: crisis políticas o de las sociedades de inmigrantes, afectadas periódicamente por querellas internas o por problemas financieros, como los vividos por el Centro Gallego o por la Asociación Patriótica, que provocaban su decaimiento e, incluso, les ponía al borde de la desaparición. Desencuentros episódicos como el representado por Sáenz Peña, quien presidió los juegos convocados por la Asociación Patriótica Española en 1904 tras ha-

[21] Centro Español del Rosario: *Álbum de los...,* p. 6, y Mónica Quijada: «Los confines del pueblo soberano. Territorio y diversidad en la Argentina del siglo xix», en Francisco Colom González (ed.): *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico,* vol. II, Madrid, Iberoamericana-CSIC, 2005, pp. 821-848. El mestizaje, en Federico Rahola: *Sangre Nueva...,* pp. 29 y ss.

ber provocado un incidente —reseñado por *La Prensa,* por lamentar la herencia colonial de «unos conquistadores desconocedores de la libertad y el derecho»—. Por otra parte, el elevado coste pecuniario y organizativo, como confesó el entusiasta Calzada, animó a suplirlos en ocasiones por veladas y banquetes más sencillos de preparar; asimismo, a medida que aumentaban los rasgos de una sociedad de masas, su retórica fue atacada por elitista al tiempo que el espacio de desenvolvimiento de los juegos se quedó pequeño, en beneficio de los actos multitudinarios, constituyendo los festejos del Centenario de 1910 una buena muestra.

Pese a todo, no desaparecieron en España, donde hubo propuestas de reforma como la de Federico Lozano, editor de la publicación conmemorativa de los juegos florales celebrados en Cádiz, quien lamentaba el odio de clase de «los progresistas y radicales que querían destruirlo todo», pero reconocía la necesidad de ponerlos al día y «en armonía con el espíritu del siglo». Eso requería hacer un código «válido para España, Portugal y América», entre cuyas propuestas se destacaba la exigencia de que los jurados estuvieran integrados por los caballeros más ilustrados de la población y la creación de revistas que difundieran el gusto por los juegos; así como un mayor rigor en los temas con poesías dedicadas a la mujer y apartados científicos, sociológicos, literario en prosa, histórico patrióticos y religiosos[22].

También persistieron en Argentina, donde dejaron de estar necesariamente impulsados por la emigración española y en muchos casos fueron organizados por los propios argentinos. Incluso un cierto estrechamiento de lazos, la mejora de las comunicaciones marítimas y la intensificación del discurso americanista en ambas orillas del Atlántico acrecentó su contribución al fortalecimiento de los proyectos nacionales de unas sociedades con tensiones derivadas del proceso democratizador. Y lo hizo más bien en el plano simbólico, pues las relaciones económicas o el peso cultural de la comunidad española no fueron tan decisivos en el país latinoamericano. Los juegos flo-

[22] Nicolás Avellaneda: *Escritos y discursos,* vol. X., Buenos Aires, Compañía sud-americana de billetes de bancos, pp. 654 y ss., y Rafael Calzada: *Cincuenta años en América,* Buenos Aires, Menéndez, 1927, pp. 396, 438 y 449. Un ejemplo de crisis financiera, en Félix Ortiz y San Pelayo: *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española,* Buenos Aires, La Facultad, 1914, p. 105. *La Prensa,* 30 de octubre de 1902. Para los lamentos por las acusaciones de elitismo y las propuestas de reforma, véase *Juegos Florales de Cádiz...,* p. 55.

rales celebrados en Tucumán en 1916 constituyeron un ejemplo de la adopción de aquellos actos por los argentinos en un momento en que el país vivía un embate democratizador y su propuesta de espiritualidad casaba bien con los temores existentes desde los últimos años de la centuria anterior entre una parte de la intelectualidad argentina por el triunfo del utilitarismo, el mal gusto y la erosión de la jerarquía social. En el certamen de Tucumán se destacó la unión orgánica entre la «pompa oficial y entusiasmo popular» y cobraron peso los trabajos dedicados a narrar la historia de la prensa argentina durante la tiranía de Rosas, calificada como la «edad media argentina» y una época de injusticia contra el extranjero[23].

Paralelamente, se invirtió el flujo inspirador del movimiento, no sólo porque Argentina se convirtiera en ejemplo de desarrollo nacional para España, tanto en las palabras del propio Belisario Roldán en su viaje a Europa como en la opinión pública representada por diarios de gran tirada como *El Imparcial;* sino también porque las personalidades americanas —diplomáticos y concursantes— pasaron a ocupar un papel de primera entidad en los juegos celebrados en la Península, como ejemplificaron, respectivamente, los transcurridos en Cádiz en 1912 y en Madrid para conmemorar el centenario de las Cortes y el día de La Raza. En concreto, en el primero de ellos, muchos de los actos giraron en torno al embajador argentino, cuya hija, Piedad Iturbe, se convirtió en centro de atención al ser elegida reina de los festejos. Según Moreno Luzón, hubo en ellos un intento de impulsar un nacionalismo de corte cívico y liberal, patente en el discurso de Rafael María de Labra, quien aprovechó su intervención para reescribir la historia como el resultado de un flujo atlántico de doble dirección en clave liberal: la celebración de la independencia americana había permitido constatar que su origen se hallaba en las Cortes gaditanas; un siglo después la situación se invertía porque la nacionalidad española requería del apoyo americano para conservar su independencia tras el Desastre de 1898. Ese paralelismo de destinos se fraguaba en la unión racial,

[23] El escaso peso de la comunidad española, en José CEPPI: *Los factores del progreso de la República Argentina,* Buenos Aires, Lajouane, 1910, p. 92. Los temores elitistas de la intelectualidad, en Óscar TERÁN: *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910),* Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 57 y ss., y *Celebración Nacional del Centenario de la Independencia en Tucumán. Juegos Florales,* Tucumán, Prebish & Violetto, 1916, pp. 232 y 245.

remitida a un pasado remoto y ordenada, cómo no, alrededor de la mujer. Así, en Piedad Iturbe aparecía el «alma hispanoamericana» y la «belleza del mestizaje»; en su cara quedaban reflejadas «Isabel de Castilla, Agustina de Aragón y la bellísima Zoraida de las torres de Granada, así como la triste esposa del desgraciado Guatimozín, o Marina de Cortés». Más aún, la mujer se convertía en el hilo conductor de una historia de encuentros, mezclas y libertad: eran diez «las doncellas que participaban en la conquista de América, evitando iniquidades»; con el tiempo se convertían en «los diputados americanos de Cádiz» y se repartían por las regiones españoles para, finalmente, volver a cruzar el Atlántico como emigrantes[24].

Ese proceso de ida y vuelta coincidía con el fin de un periodo de cincuenta años en España en que los juegos florales habían actuado como un instrumento importante en la conformación de una cultura política de confluencia de sectores políticos liberales, monárquicos y republicanos. Aquélla se había desplegado en una serie de prácticas, retóricas y representaciones, reforzadoras de la idea de exclusividad y jerarquía social, de la espiritualidad y la cultura como vehículos de la armonía sociopolítica, del ámbito privado salvaguardado por la pureza femenina. Había atravesado el Atlántico y llegado a América, entre otros lugares a Argentina, donde se había convertido en un elemento aglutinante de la emigración. Desde una posición integradora había procurado estrechar lazos con las elites autóctonas, que se mostraron receptivas al coincidir sus supuestos con el deseo de aquellos sectores de fortalecer una nacionalidad entendida en situación de peligro. Ese proceso quedó culminado, y los juegos desempeñaron una vez más un papel protagonista, a comienzos de la nueva centuria, cuando desde ambas riberas del Atlántico se entendió al otro como un elemento reforzador de la propia identidad. A partir de esa época no dejaron de convocarse, aunque perdieron parte de su carácter. En algunos casos quedaron como fenómenos esencialmente literarios; en otros, como manifestación política más particularista. Así ocurrió en Cataluña, donde siguieron gozando de gran preeminencia y fueron valorados por sectores del catalanismo conservador y, más tarde, del franquismo; o por grupos del exilio republicano en diferentes lugares de América y Europa.

[24] Para la intervención de Roldán y los elogios en general del modelo argentino, véase *El Imparcial,* 30 de enero de 1910. Para los actos en honor del embajador argentino, véase *La Nación,* 3 de octubre de 1912. *Juegos Florales de Cádiz...,* p. 28.